

mas no aquella otra con que resplandece á los ojos del Señor: la humildad incomparable de su alma, elevada por Dios á su mayor grandeza, que anuncia y preconiza el obscuro nombre de Jesé. Cuando Samuel se presentó en la casa de éste, le purificó, lo mismo que á sus hijos, convidándolos al sacrificio, y viendo á Eliab, dijo: «¿Será éste el que ha escogido el Señor para ungido suyo?» Y el Señor le respondió: «No mires á su buena presencia ni á su grande estatura, porque no es ése el que he escogido. Yo no juzgo por lo que aparece á la vista del hombre, pues el hombre no ve sino lo exterior; el Señor ve el fondo del corazón.» Llamó después Isai á Aminadab, y le presentó á Samuel, el cual dijo: «No es éste el escogido del Señor.....» Así le fué presentando Isai sus siete hijos, y díjole Samuel: «A ninguno de éstos ha elegido el Señor.» Y añadió: «¿No tienes ya más hijos?» A lo que contestó Isai: «Aun tengo otro pequeño, que está apacentando las ovejas.....» Era David, joven, rubio, de gallarda presencia y hermoso rostro. Dijo entonces el Señor á Samuel: «Úngele, porque ése es mi escogido» (1).

Al decirnos, pues, Isaías que saldrá una vara de la raíz de Jesé, recuerda el humilde origen de David, á quien Dios escogió para el trono de Judá, y nos revela cómo también la humildad de nuestra Niña atrajo sobre sí la más copiosa bendición del cielo, haciendo que de la vara de que hablamos brotase la flor divina que anunció en otro tiempo aquel profeta. El pequeño David agradó al Señor,

(1) I Reg., XVI, 1, 12.

y después, con ventaja incomparable, la esclava del Eterno, la más humilde entre todas las criaturas, le agradó también en tanto grado, que Dios cumplió por Ella su promesa soberana, naciendo de su seno como flor que nace de gracioso y delicado tallo (1).

¡Cuán brillante y hermosa es la corona con que ciñe Dios la frente de la dulce y amable María! Se humilla á los ojos del Señor, se llama su esclava, y Dios la ha escogido para Reina del mundo, por Madre de su Hijo: ¿quién podrá compararse con Ella? ¿quién, como Ella, tan amada será del Señor? Por esto el Eterno la colmó de sus gracias, la elevó más allá de las nubes y la tiene en riquísimo trono, recibiendo alabanzas y gloria, y el amor y respeto de todos los ángeles. No hay quien se haya humillado como Ella, ni quien haya servido con tanta pureza al Señor. Que Dios, pues, la corone de gloria y que ponga en sus manos el cetro de un imperio que abarque los cielos y la tierra, al ángel y al hombre; y que reine esa Niña feliz para gloria de Dios, que es su Padre, su Hijo y Esposo, por siglos eternos. Amén.

Cantemos á la Santísima Señora, la Virgen sin mancilla; bendigamos su nombre; después del nombre del Señor, es omnipotente (2). Arrojó la hermosa Niña al fondo de los mares á Faraón y su tremendo ejército. Llena está de fortaleza la diestra de María, que tendió por tierra al ene-

(1) Rupert. De Vict. Verb. Dei., L. XI, c. 18 et 19.

(2) D. Bonav., in Cant. Moyses.

migo de los hombres, usando con éstos de su gran misericordia. Nos ha librado del terrible León, recogiéndonos en su seno maternal, como á niños que acaban de nacer; extendió sus alas como el águila, y cubrió con ellas sus amados hijos.

Mas del águila se dice que para reconocer sus verdaderos hijos, los toma y pone á contemplar el sol; los que pueden verlo de hito en hito son legítimos, siendo los demás arrojados como extraños (1). En esto, María no se parece al águila, pues reconoce como suyos á los más grandes pecadores, que á Ella vienen implorando su piedad. Que Pedro tenga especialísimo cuidado de los corderos y ovejas del Señor, bien está; Jesús mismo se los ha encargado; mas en cuanto á los cabritos, que simbolizan á los pecadores de que hablamos, el Divino Espíritu dijo á María: «Sal afuera, y vé siguiendo las huellas de los ganados, y guía tus cabritos á pacer junto á las cabañas de los pastores» (2). Notemos que las ovejas y corderos son del Señor, y tan sólo encomendados á San Pedro; mas los cabritos son de María, á quien se ordena que salga, y los guíe, y los lleve á un lugar donde apacienten. Después de esto, ¿podremos extrañar el ternísimo cuidado y los desvelos de tan dulce Madre por salvar los pecadores? ¡Cuán ardiente y generoso es su cariño! Mas también ¡cuán grande debe ser nuestra ternura y gratitud para con Ella! Amémosla, y una y cien veces

(1) D. Aug., in Joann., T. 36.

(2) Cant., I. 7, Guiliel., ap. Del Río.

volvamos siempre á amarla sin descanso, hasta morir de amor por nuestra Niña.

Aparecen enlazados con primor y gracia el poder y la clemencia de María; Ella es poderosísima delante del Señor; y emplea en hacernos bien su valimiento, muy superior al de los ángeles y santos.

Cuando Jacob luchaba con el ángel, y le pidió su bendición, el ángel le decía: «Déjame ir, que nace ya la aurora» (1); cual si le dijese: «¿Para qué te cansas con ruegos, clamores y lágrimas, pidiendo que por medio de sus ángeles el Señor cumpla favorable tus deseos? Vuelve tus miradas al Oriente; ve cómo sus nubes se coloran de apacible luz; se acerca ya la aurora (2): deja de tratar ya con los ángeles, pues tienes un camino más recto y florido, que en breve te conduzca á donde quieres. El cielo ya fulgura, y el sol de la justicia consigo trae un nuevo día lleno de inmensa y divina bendición. La hermosa Virgen, llena de gracia, se levanta sobre los ángeles delante del Señor; Ella será su verdadera Madre, y siervos suyos serán los ángeles de Dios. Ella es la Señora, y por lo mismo, son más eficaces sus plegarias que las de los siervos. Y esta Reina de los cielos y la tierra es la Madre muy querida de los hombres que, llenos de filial confianza, imploran su santo patrocinio, alcanzando por Ella cuanto quieran. Bien está que los ángeles contemplen el rostro del Padre celestial, que lleven hasta el cielo las oracio-

(1) Gen., xxxii, 25, 26.

(2) Fernandin., ap. Chrysog., D. 14, n. 90.

nes de los hombres, y las presenten cual fragante aroma delante del Señor; mas con todo, hay un abismo entre ellos y la Santa Madre, que dice con verdad, y llena de confianza: «Mi Amado para mí, y yo para mi Amado» (1). Unidos tiene el divino amor al Hijo y á la Madre. Á esta Santa Virgen, ninguna criatura puede compararse en el cariño que el Señor la tiene; así como no existe, ni puede imaginarse un hijo tan amado de su madre, como el Hijo Divino de María, único, y sin padre acá en la tierra, sublime y rico fruto de su seno virginal. ¿Cómo dejaría de ser Jesús el muy amado de la Santa Niña, cuando Él es el más bello entre todos los hijos de los hombres, y al mismo tiempo, su Esposo, su Padre y su Dios? Y Ella, la amadísima entre todas las criaturas, en quien descansa todo el amor de su Divino Hijo.

María, pues, parece que nos dice: «Nada podrá negar á mis plegarias el buen Jesús. Acercaos, rogad, confiad, esperad: mi Amado descansa en mi seno: como madre le tomo en mis brazos, y como á hijo le daré mi leche.

»Aunque seáis pecadores, ¿por qué teméis? ¿Ignoráis que los pechos que amamantan al Hijo del Eterno reaniman la esperanza de los hombres, y los llenan de consuelo y alegría? El que descansa en mis brazos, ¿no es el mismo que se apacienta entre azucenas? Y tales azucenas son mis pechos, azucenas que simbolizan la esperanza.»

Donde están, pues, los pechos de María, se encuentra toda la esperanza de los hombres: no es

(1) Cant., 16. D. Damasc. De Dormit. Orat. 1.

una azucena solamente, sino un jardín de azucenas y de blancos lirios, que nos revela que para todas las miserias de los hombres hay en el seno de la Santa Virgen un sentimiento de maternal piedad, que la inclina á remediarlas, dulcificando las penas más amargas que sufrimos; sentimiento que la obliga de continuo á presentar delante del Señor sus ruegos eficaces por nosotros, porque María no nació para sí misma, mas para el linaje humano, de quien es el auxilio y protección (1).

Hé aquí, pues, revelado en toda su grandeza y esplendor el poder, la verdadera omnipotencia de los ruegos de María (2). Ciertamente, es muy grande el patrocinio de los santos, y por esto no habrá tempestad que se levante en el horizonte de la vida, si ruegan por nosotros; y si la hubiese, la serenidad y la bonanza vendrán muy pronto á consolarnos, poniéndonos en salvo (3). Mas entre los de la Madre y los ruegos de los siervos, hay una distancia infinita (4). La Madre Virgen, la Esposa inmaculada, obtendrá de su Hijo que no perezca ni uno solo de aquellos por quienes una vez haya rogado. Ni esto es de admirarnos, pues si Ella quiere, salvará con sus plegarias todo el mundo (5).

«¡Oh Tú, la que moras en los huertos: los amigos escuchan; hazme oír tu dulce voz» (6). Éstas

(1) D. Damasc., ap. Chrysog. cit.

(2) Anselm., L. De Conc. Virg.

(3) Chrysost., Hom. 35, in Act.

(4) D. Damasc., Orat., I, de Dormit.

(5) Goffridus, Sermon. 8.

(6) Cant., VIII, 13.

son las últimas palabras que el Señor dirige á la Sagrada Virgen, cual si la dijese: «Amada mía, que moras en jardines de virtudes; hazme oír tu apacible voz por medio de tus ruegos y oraciones: ella suene en mis oídos, porque los amigos, los ángeles, te escuchan para cumplir al punto lo que me pidieres.» María, obsequiando los deseos de su Hijo, y gozosa del oficio que se le ha confiado, al instante ruega por nosotros, diciéndole: «Corre, Amado mío, y aseméjate á la corza y al cervatillo, huye á los montes de los aromas.» Esto es: «Sé que alguna vez huirás, escondiendo á los hombres tu conocimiento, por sus grandes crímenes, ó no dándoles los auxilios vencedores de tu gracia. Hé aquí, pues, lo que yo te pido para aquellos que

semejantes á los montes de los aromas, imploran

con sus ruegos mi piedad: Aseméjate á la corza y al cervatillo que descienden de los montes á los

valles; viendo, lleno de clemencia, á los que se hallan en la profundidad de sus pecados» (1).

No echemos en olvido á nuestra bella Aurora, á quien hemos visto alcanzar de Dios, para nosotros, cuanto bien necesitamos. Mas no sólo esto: María, también, con su presencia destierra nuestros enemigos. Los ladrones roban las casas de noche, huyen de la luz; y si los sorprende la aurora, la ven como si fuera la imagen de la muerte (2). ¿Quién no admira el poder de María? Una y otra vez, y siempre, ha quebrantado la cabeza del demonio, que se hunde en el abismo por no

(1) Halgrinus, hic.

(2) Job, xxiv, 16, 17.

escuchar el terrible nombre de la Reina de los cielos, escudo de inmortal defensa para todos los cristianos, nombre glorioso y admirable, que llena de confianza en la hora de la muerte, pues sabemos que es nombre de victoria, y trae consigo el auxilio de María; y si lo oyen los demonios, tiemblan cual si oyesen el fragor del rayo que viene á descargar sobre su frente; rayo del que dijo un profeta: «Tronaron las nubes; cruzáronse tus rayos, girando en torno la voz de tu trueno» (1). Se estremecen al nombre de María, porque ese nombre es la vara de Dios, de la que nos dicen los sagrados libros: «Se levantará una vara y herirá á los caudillos de Moab, y destruirá todos los hijos de Set» (2). Es:» (2). Es, en nh, el nombre de Maria la espada con que la célebre viuda de Betulia cortó

la cabeza de Holofernes: y de la defensa y gloria de María, casi al nacer la aurora se encaminaba para dar principio á su tremenda empresa, la muerte del general de los asirios, la libertad y vida de su pueblo (3).

Es María una Virgen piadosa; es también una Madre clemente; y su pecho está rebosando en amable bondad. Nace de aquí la vigilancia y singular cuidado que tiene de nosotros; cuidado y vigilancia que no la cansan ni molestan: «Este es mi reposo», dice; y luego nos dispone lo siguiente: «Reparad las fuerzas del que está fatigado, que en esto consiste mi refrigerio.» Mas sigamos: en el

(1) Ps. LXXVI, 18, 19.

(2) Num., xxiv, 17.

(3) De Voragine, Serm. 5 de Annunt. Judith, x, 11.

santo libro cuyas expresiones acabamos de citar, se añade: «Hé aquí, dice el Señor, Yo pondré en los cimientos de la nueva Sión una piedra escogida, angular, preciosa, asentada por solidísimo fundamento» (1). Esta piedra de que hablamos es el Salvador Divino, que unió en su Iglesia el pueblo judío y el gentil: y después de Jesús, es María la piedra preciosa, escogida, que une á los hombres con Dios, no sólo porque en sus castísimas entrañas se obró el gran misterio de la Encarnación, mas también porque Ella nos reconcilia con su Hijo, y es el refugio y el auxilio de todos los hombres.

¿Qué tenemos, á más de lo dicho, con esta piedra preciosa y singular? Oid lo que Zacarías nos dice: «Esta piedra tiene siete ojos (2); mas estos ojos, añade, recorren toda la tierra» (3). Hé aquí á nuestra tierna y cuidadosa Madre, velando en todas partes sobre los destinos de sus hijos: no hay miseria que se oculte á sus miradas, ni dolor cuyos flébiles acentos no resuenen en el fondo de su pecho. Esos siete ojos nos designan asimismo las siete obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, que con nosotros ejercita sin descanso la Sagrada Virgen (4).

Finalmente, las miradas de María atraen sobre nosotros la gracia del Señor. «Tus ojos son de pa-

(1) Isa., XXVIII, 12, 16.

(2) III, 9.

(3) IV, 10. Betza, M. S., T. I, in Salve.

(4) Idem.

loma», la dijo su Divino Esposo (1). Los ojos de la paloma indican los dones del Espíritu Santo (2); que llegan á nosotros por mano de María.

La vista, pues, de nuestras necesidades y miserias excita la ternura y compasión de la Sagrada Virgen: las conoce, las puede remediar, es piadosísima y clemente; ¿extenderá su mano para remediarlas? Antes pasarán los cielos y la tierra que María deje de levantar sus manos al Señor, rogando por nosotros, ó que deje de cubrir á los hombres con su manto de piedad. ¿No la hemos contemplado ya vestida del sol? Pues el sol derrama indiferentemente sus rayos de luz sobre los buenos y los malos; y así también María no atiende las pasadas culpas, mas siempre se nos deja ver llena de dulzura, de clemencia y bondad, ahogando en su regazo todos nuestros males (3). Siempre para nosotros es la misma; siempre buena, siempre madre: su amor por nuestra salvación vive continuamente en Ella, sin que sea ni menos fecundo, ni menos eficaz que en el momento de la Encarnación (4).

¡Grandioso y admirable espectáculo, el que presenta á nuestros ojos el poder y la clemencia de María, interesando vivamente el corazón! Impera como Reina en lo más elevado de los cielos; y entre el esplendor de su grandeza, descubre y tiene de continuo su mirada en las miserias y dolores

(1) Cant., I, 14.

(2) Rupert, in Cant., c. I.

(3) D. Bernard, De Assump., Serm. I.

(4) Bossuet, Serm. para la fiesta de la Anunciación.

de los hombres; inundado está su santo corazón en un piélago de castísimas delicias; y con todo, se siente conmovida pensando en nuestros males, sin despreciar al pecador, por más que esté manchado con crímenes horribles, nos dice San Bernardo (1); mas le toma de la mano, y apartándole del borde del abismo de la desesperación, le vuelve la esperanza, le abraza con afecto de amorosa madre, sin dejarle un punto hasta haberle conseguido la salvación.

¡Oh, cuán dulce y bella es la esperanza que viene á consolarnos cuando estamos oprimidos bajo el enorme peso del pecado! Nada hay, ciertamente, más amargo que el negro y feroz remordimiento que desgarrá el alma que ha ofendido á Dios; nos hallamos entonces verdaderamente en el fondo de un abismo de miseria: el tiempo huye delante de nosotros; los placeres han pasado cual imagen de una dicha que soñamos; fueron una triste vanidad que al retirarse de nosotros, para que no lleguemos á olvidarlos, derramaron en el alma un cáliz de amargura: la eternidad avanza, y Dios está irritado con nosotros, y ya creemos vislumbrar la fatídica y rojiza llama del fuego que jamás se extingue. ¡Oh, cuán triste y funesta situación! La luz no penetra en ese abismo; allí reina una espantosa y triste soledad..... ¿A quién volveremos nuestros ojos, ó podremos dirigir, que nos escuche, una plegaria? ¿Quién quisiera descender á ese abismo tristísimo en que estamos? ¡Misericordia inefable de María, yo te bendigo! ¡Dulcísima

(1) Serm. panegy.

clemencia de tu corazón de madre, yo te adoro! Deshecha queda el alma de ternura, pensando en la inefable bondad de la Sagrada Niña: el llanto nos inunda, y faltan las palabras para expresar el sentimiento que domina el corazón al recordar que María es la esperanza que alienta y salva á los mismos que han desesperado (1). Enciéndese en el alma la purísima llama de su amor; quisiéramos amarla sin medida; quisiéramos amarla sin descanso; para con Ella nos sentimos llenos de cariño y gratitud: quien ha comprendido toda la desgracia de su situación desesperada, la profundidad de sus tinieblas, y, por último, la gravedad espantosa de sus males, y ve después que la luz desciende de los cielos, y que tiene junto á sí una escala por la que puede salir del abismo donde se halla, y ponerse en salvación, y escucha una voz de consuelo y esperanza, ¿podrá no bendecir la bondad infinita del Señor, que por medio de María lo libra de tan terribles y funestos males? ¿Dejará de amar con toda la ternura de su pecho á esta Madre amorosísima y piadosa, instrumento sagrado y adorable de la misericordia del Señor?

¡Oh santa y agraciada Niña, purísima y hermosa, escogida del Señor para su Madre, llena de poder y de clemencia; esperanza y consuelo de los hombres, inagotable fuente de dulzura; objeto de singular y ternísimo cariño, encanto de todos los cristianos; pensando en Ti, Señora mía, se ablanda y queda conmovido el corazón más duro; y tus recuerdos, más dulces que la miel, nos lle-

(1) Blosius, ap. S. Ligor., Glorias, c. 3.

nan siempre de consuelo; suspiramos llenos de tristeza, y el corazón que te ama quiere desahogarse; nos sentimos indignos de tu amor, y pegamos en el polvo nuestra frente; el recuerdo de nuestras pasadas faltas hácenos llorar de amarga pesadumbre! Justísimo es llorar, pues tantas veces hemos olvidado á nuestra Niña por el profano y desgraciado amor de un mundo corrompido. ¡Dulcísimo consuelo de afligidos, derrama una mirada de piedad y gracia sobre los que lloran su olvido y sus pecados! Que el llanto que vierten nuestros ojos encienda y avive más y más las llamas de tu amor, y en medio de estas llamas quedemos consumidos. ¡Oh santa y adorada Niña, mi corazón es tuyo; y si vive es por amarte, y cuando muera, seguirá sin descanso amándote en el cielo!

CAPÍTULO XXII

(y último).

MARÍA, OBJETO DEL AMOR Y TERNURA
DE LOS HOMBRES.



LLA es mi Amada. Esta es la palabra que sale de las profundidades de nuestro amor, cuando pensamos en María, cual indeficiente y rico manantial de gracia y mística dulzura, en el que, sumergida el alma enteramente, gusta las inefables delicias del cariño de

esta tierna é incomparable Madre. El pensamiento de María jamás puede venir á nuestra mente sin traer consigo la gracia y el consuelo, el gozo y la santa paz de Dios, cual brillante cortejo que la sigue á todas partes. Si volvemos la vista á los hermosos días de nuestra infancia, ¿dejaremos de ver en ellos la risueña y agraciada imagen de la Santa Niña, que brilla para nosotros en el oriente de la vida, como la estrella de la mañana? Entonces el sol de las pasiones aun no quemaba nuestra frente con sus vivos rayos, ni estaban agostadas las gentiles flores de la inocencia. Era la Sagrada Virgen quien les prestaba su más bello colorido, llenando el corazón de vida y lozanía.

Si cuando niños contemplábamos la imagen de María, la sonrisa jugueteaba en nuestros labios que se entreabrían como un botón de rosa, para decir con acento de dulzura indefinible: Ella es mi Madre. Y después, su santa imagen impresa quedaba en nuestras almas; imagen que á cada paso contemplaba el alma, brillando con suavísimos colores: si descansábamos, si dormíamos, ¡cuán bellos eran nuestros ensueños de gloria, en los que la Santa Niña se nos presentaba cada vez más agraciada y hermosa! Su frente, más pura que el disco de la luna; toda Ella, llena de gracia y atractivo, y animada de vivísimo interés por nosotros, parecía decirnos: «Los que os halláis presos de mi amor, venid á Mí, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más suave que el panal. Se hará memoria de Mí en toda la serie de los siglos: los que de Mí comen, tienen siempre